

CASTAÑARES, Wenceslao (2014). Historia del pensamiento semiótico 1. La antigüedad grecolatina. Madrid: Editorial Trotta. ISBN 978-84-9879-496-0.

Dr. Luis Nitrihual Valdebenito
Universidad de La Frontera, Temuco, Chile
luisnitrihual@gmail.com
www.comunicacionypoder.cl

*El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros,
pero el espacio cósmico estaba ahí, sin
disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos)
era infinitas cosas, porque yo claramente
la veía desde todos los puntos del universo.*

Jorge Luis Borges

La palabra signatura tiene cuatro acepciones en el *Diccionario de la Real Academia Española* (2001), no obstante, hay tres que nos interesan de manera fundamental para comenzar este texto que busca ser una reseña, pero que en realidad se convirtió en un conjunto de reflexiones motivadas por la lectura del libro de Wenceslao Castañares (2014) *Historia del Pensamiento semiótico 1. La antigüedad grecolatina*. Los significados son los siguientes:

1. Marca o nota puesta en una cosa para distinguirla de otras.
2. Señal de números y letras que se pone a un libro o a un documento para indicar su colocación dentro de una biblioteca o un archivo.
3. Señal que con las letras del alfabeto o con números se ponía antes al pie de las primeras planas de los pliegos o cuadernos, y hoy sólo al pie de la primera de cada uno de estos, para gobierno del encuadernador.

Ahora bien, si se tienen en cuenta estas tres acepciones se puede colegir que una signatura -en suma- es una marca distintiva que se coloca en cualquier objeto con el fin de identificarlo y clasificarlo entre otros objetos similares. Se trata, de

cualquier forma, de un rasgo que hace único al objeto que lo posee y que lo distingue entre otros objetos similares.

En el libro *Signatura Rerum*, del filósofo italiano Giorgio Agamben (2010), aparece otra palabra que nos resulta interesante para comprender a cabalidad lo que es una *signatura*; expresión que hemos utilizado para dar título a esta reseña. Se trata de la palabra *signar*. Esta palabra proviene del latín *signare* que tendría algunas acepciones que son retomadas desde una mirada filosófica por el propio Agamben en su capítulo sobre las signaturas. Hay tres definiciones que nos entrega el diccionario y que nos interesan:

1. Imprimir el signo.
2. Hacer la señal de la cruz sobre algo sobre algo o alguien.
3. Hacer con los dedos índice y pulgar de la mano derecha cruzados, o sólo con el pulgar, tres cruces (...) pidiendo a Dios que nos libre de nuestros enemigos.

Esta misma voz es recogida por el Diccionario Medieval Español (1986) que destaca el carácter marcadamente religioso que tiene la palabra. *Signar*, entonces, sería:

1. Hacer la señal de la cruz sobre una persona (siglo XIII al XV).
2. Hacer con los dedos índice y pulgar de la mano derecha cruzados, o sólo con el pulgar, tres cruces (...) pidiendo a Dios que nos libre de nuestros enemigos (siglo XIII al XV).

En el ya señalado libro de Giorgio Agamben (2010), específicamente en el capítulo 2 titulado "Teoría de las Signaturas" se puede profundizar un poco más sobre los distintos aspectos de las signaturas y su carácter semiótico. Utilizando el libro *De natura rerum* (Sobre la naturaleza de las cosas) de Paracelso, el filósofo italiano destaca la idea de que todas las cosas llevan un signo que las identifica y que esconde sus cualidades invisibles. Así entonces, todas las cosas son conocidas a través de signos; única forma que tiene el hombre para conocer aquello que ha sido signado. En un primer momento entonces, "*signatura* es la ciencia a través de la cual todo lo que está oculto es descubierto y sin ese arte no puede hacerse nada profundo" (Agamben, 2010: 43-44 citando a Paracelso) ¿No tenemos aquí la aproximación de una definición bastante extendida y común sobre el fundamento de existencia de la semiótica como disciplina? Con toda razón Wenceslao Castañares, en su último libro, traza una línea de continuidad del pensamiento semiótico que arranca en la rica tradición grecolatina, transita por el medioevo y atraviesa la modernidad para llegar a nuestros días.

Para Castañares, en este libro que apareció el 2014 y que viene a llenar un vacío evidente en los estudios semióticos, a saber una olvidada historia del pensamiento semiótico- la semiótica antes que ese conocimiento experto que reflexiona sobre "aquello que significa" es una preocupación por los "fenómenos que los hombres consideran significativos". Es decir, primero estuvieron esas reflexiones sobre la realidad que se presenta de manera cifrada y, muy

posteriormente, esa sistematización científica que establece un instrumental teórico y analítico sobre los procesos de significación. En esta medida, el libro de Castañares es un real aporte para todos aquellos que utilizan a la semiótica como una caja de herramienta o como una forma de pensar esas marcas que hacen únicas a las cosas.

El libro, así entonces, va más allá de la clásica historia de la disciplina que arranca muchas veces con Charles Sanders Peirce y Ferdinand de Saussure. Busca trazar líneas de continuidad y ruptura desde el pensamiento griego hasta los aportes actuales. El autor se propone, en este exquisito trabajo, el desarrollo de tres tomos que abarcan grandes periodos del desarrollo del pensamiento semiótico. En este primer tomo, que abre los fuegos, el autor comienza con la Grecia Preplatónica y concluye con Agustín de Hipona en el 430 DC. Lo fundamental. Logramos comprobar que este pensamiento experto que muchos estudiantes disfrutan (o sufren) tanto en grado como en postgrado, es una milenaria reflexión sobre aquellas marcas distintivas presentes tanto en la naturaleza como en la cultura (en sus más amplio sentido).

Pero sigamos escarbando un poco más en las signaturas pues si bien desde el mismo Paracelso se recoge el sentido general de que una signatura sería algo así como un sello distintivo posible de (re)conocer -interpretación nuestra- a partir de una lectura atenta de sus claves ocultas, todavía no se observa su relación con la religión, cuestión que es recogida por los dos diccionarios citados anteriormente. Para llegar a ello hay que aproximarse a la enumeración que realiza el filósofo medieval de los signadores (*signator*). Estos serían tres: 1. El hombre; 2. El arqueo; y, 3. Las extrellas. Sobre la última, es importante señalar que los signos de los astros hacen posibles las predicciones y profesías, de este modo se traza una línea de continuidad entre la rica tradición mística de la cual se ocuparán las ciencias adivinatorias que desarrollan su arte, que duda cabe, mediante la interpretación de los signos del universo. Para Paracelso existe una relación entre los hombres y las estrellas, pero no se trata de una relación causal, sino de algo mucho más complejo. Por supuesto, aquí se observa claramente una nueva aproximación a la idea, que nos parece muchas veces moderna y nacida ya sea de Saussure o Pierce, de que los signos están allí para ser escrutados y que dicha relación no es de causa-efecto, sino de una naturaleza mucho más enrevesada. Incluso, nos dice Castañares, antes "que Platón y Aristóteles empezaran a pensar sobre los procesos en los que se ven involucradas las realidades "significativas" estaban ya esas mismas realidades y las palabras que las designaban" (2014: 15).

Sobre el segundo signador, el Arqueo (Archeus), hay varias cuestiones interesantes y que nos recordarán la naturaleza del signo. Aquí, Paracelso profundiza en una relación, que como ha sostenido Castañares, estrecha lazos entre la medicina y la semiótica. Reconocido como uno de los padres de la farmacéutica, Paracelso describe como algunas enfermedades son curadas mediante plantas que se asemejan al órgano curado. Ya sea por una relación de semejanza metafórica o de una anatómica, la relación medicina-curación se establece mediante lo que

podríamos describir como un icono. La signatura -en este caso- nos dice Agamben (*op Cit.*) no es tanto la virtud terapéutica como si la relación de semejanza entre el órgano y la planta. "La signatura pone a la planta en relación con el ojo, la disloca de él, y sólo de este modo revela su virtud oculta" (Agamben 2010: 49).

El hombre es el signador que nos resta. El primero en serlo fue Adán - nos dice Paracelso- quién producto del pecado y la caída se convirtió en el primer *signator*, cuya materia para realizar esta signación fue la lengua: el hebreo. Agamben en este punto nos muestra ejemplos de signaturas descritas por Paracelso tales como un pequeño trozo de tela amarilla mediante la cual se reconocía a los judíos. Así también, en la tradición católica el Papa y sus cardenales son reconocidos mediante un anillo, que como objeto parcial, tiene vida autónoma y contiene al propio sujeto que lo porta. Otros ejemplos paradigmáticos de las signaturas con las marcas que dejan los artesanos para identificar su autoría sobre la obra. Aquí aparece la conexión etimológica descrita en el principio de este texto entre signatura y firma. El acto de firmar es un hecho tan significativamente semiótico en nuestra cultura que vale la pena destacar los estudios grafológicos como, nuevamente, aquel proceso de interpretación de esos signos que esconden algún secreto que un lector capacitado es capaz de proponernos como lectura posible. En esta medida, no es casual que en *Historia de Pensamiento Semiótico*, Castañares comience con una exhaustiva aproximación a las palabras que han sembrado de contenido a la semiótica.

Es necesario tener en cuenta que se arraiga en la profundidad de la tradición semiótica esta idea tan genuina de que somos capaces de encontrar algo que se encuentra ya inscrito, pero muy escondido, en lo único que somos capaces de conocer: los signos. Signatura entonces sería ese germen que late inscrito en los textos ya sea creados por el hombre o por la naturaleza.

Hay una película *hollywoodense* titulada *Wanted* donde Morgan Freeman interpreta el papel de un interprete de los signos que entrega una máquina de tejidos y que indican a quien deberán matar los asesinos que componen la organización que él mismo dirige. Es hasta que decide torcer las marcas de lo que la máquina (el destino, como dice el mismo Freeman) le señala, cuando todo se complica. El universo que hasta ese momento había tenido un orden claramente establecido en base a las normas de conducta ética que guiaban el comportamiento de los miembros durante siglos (se trata de una organización antiquísima) se quiebra. Lo que vemos en esta película es tal vez la peor maldición para un investigador: traicionar los datos que le son entregados y decir lo que se venga en ganas.

Así como en *Wanted*, la semiótica, entendida como ese estudio de los sistema de significación que construyen las signaturas que para el caso de nuestro interés son construidas por el hombre, la última frontera a la que se enfrenta no es tanto de orden epistemológico, sino de orden ético. La pregunta que es necesario formularse hoy es ¿Para qué sirve la semiótica?. Si desde luego se contesta que es

una disciplina que sirve para conocer los sistemas de sentido en el marco de la cultura, no cabe duda que será una definición que carecerá del componente básico que debería comprometer a las ciencias sociales y humanas. Esto es: el compromiso con la crítica y el cambio social. No se puede esperar de una disciplina social algo que no sea esto.

La crítica de Terry Eagleton de que en muchos campus universitarios los estudios culturales (y la semiótica, agregaríamos nosotros) sirve para indagar acerca del sentido del color amarillo en los cinturones de Chanel, es totalmente cierta. La comodidad de los campus universitario produce no sólo el estancamiento del pensamiento y la reflexión sino también, vistos los signos de los tiempos, el fin de disciplinas cuyo único sentido de existencia, en el transcurso del capitalismo decadente que vivimos, es el compromiso político con una sociedad que entienda las articulaciones ideológicas que subyacen en las construcciones culturales.

Las firmas de nuestros tiempos, esas marcas que venimos encontrando desde hace tiempo, nos indican que, retomando uno de los títulos del filósofo esloveno Slavoj Žižek, estamos viviendo el final de los tiempos. No se trata de una mirada apocalíptica invalidante, sino de una cierta posición que retoma la larga tradición crítica, aún a fuerza de reforzar y repetir, se trata de dejar establecida la necesidad de una semiótica crítica. En este marco leemos, por ejemplo, el último libro de Gonzalo Abril (2013) que se titula *Cultura Visual, de la semiótica a la política*. El mismo autor lo señala:

Por lo que se refiere a las consideraciones de orden político, y pese a nuestras muchas incompetencias en el campo de la filosofía y la sociología política, pretendemos adherir una corriente que, tanto desde el discurso académico como desde el pensamiento que emerge de los movimientos sociales, trata de reactivar en nuestro convulso presente el compromiso de las ciencias sociales con los objetivos de la emancipación, o lo que es lo mismo, de recuperar una ciencia social crítica (Abril, 2013: 13).

Hay un interesante artículo escrito por Mauricio Lazzarato (2012) donde se aborda desde una forma crítica las consecuencias de la producción signica en el marco del capitalismo. Desde la perspectiva de este filósofo italiano, la producción signica hoy no pasa necesariamente por procesos de mediación significantes sino asignificantes. El autor propone un ejemplo que quizás puede explicar la forma que ha tomado la circulación signica en nuestros tiempos.

La circulación del miedo, de la angustia o del pánico que constituye la atmósfera y la tonalidad en las que están inmersas nuestras sociedades “de la seguridad pública”, se activa por medio de máquinas de signos que no van dirigidos a la conciencia, sino directamente al sistema nervioso, a los afectos, a las emociones (Lazzarato, 2012: 717)

El libro de Wenceslao Castañares, obra obligada para los estudiosos tanto de la semiótica como de las ciencias sociales y humanas, nos muestra las firmas

propias de la semiótica. Estas serían aquellas líneas de pensamiento que pueden trazarse desde la Grecia Preplatónica hasta la actualidad. Por cierto, no hay trabajo más complejo que este. La erudición del autor se lo permite. Esperemos con ansiedad los próximos tomos de esta obra que va en su primer volumen y que ya nos entrega los suministros para entender la preocupación que tenemos por lo que “significa”, por aquellas marcas o firmas que distinguen a las cosas de nuestro tiempo.

Madrid-Temuco, 2015

Referencias bibliográficas

ABRIL, Gonzalo (2013). *Cultura visual, de la semiótica a la política*. México: Plaza y Valdes Editores.

AGAMBEN (2010). *Signatura Rerum. Sobre el método*. Barcelona: Anagramas.

ALONSO, Martín (1986). *Diccionario Medieval Español. Desde las glosas Emilianenses y Soñemses (s. X) hasta el siglo XV. Tomo II*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.

CASTAÑARES, Wenceslao (2014). *Historia del Pensamiento Semiótico 1: La antigüedad grecolatina*. Madrid: Trotta.

LAZZARATO, Mauricio (2012). “El funcionamiento de los signos y las semióticas en el capitalismo contemporáneo”. *Revista Palabra Clave*, Vol. 15, número 3, pp. 713-725.

Real Academia Española (2001). *Diccionario de la Lengua Española. Vigésima segunda edición. Tomo II*. Madrid: Espasa Calpe.